

El perro de la guardia...



De a poco fue aprendiendo, como si fuera por osmosis, pues sobre todo se nutría del ejemplo que le daban los demás médicos, en aquellos momentos perdidos en que nada le enseñaban. “El perro de la guardia” le decían, como a cualquier otro practicante médico que recién se iniciaba en el arte y en la ciencia, del curar y el consolar. Practicante de médico, aprendiz del curar, voluntad que compensaba con creces, la falta de experiencia.

Quizá la única verdad que no aprendió, fue la de que no valía la pena el pelearse por defender a ultranza la verdad. De a poco se le llenó el cerebro de tantos fragmentos de poesía, que hasta creyó volverse loco cuando descubrió los múltiples caminos a los que podía llevarlo cada uno. La ciencia acaricia y tranquiliza, pero el arte nos molesta y nos cuestiona. Medicina paradójica, hecha de la ciencia de la ciencia y del arte del más arte.

Aprendió a moverse entre palabras que significaban lo opuesto a lo que le sonaban a cualquiera, y así, sin proponérselo, le fue creciendo la lengua y la mentira, disfrazada de verdad. Magia de palabras que nos esta esperando siempre para sumergirse con nosotros, entre fantasía y realidad. Mentira hecha verdad; verdad, hecha mentira... pero que busca siempre hacer algo más soportable al dolor de cada día. A moverse cauteloso entre palabras, como entre niños inconcientes, ante el peligro que desencadenaron los adultos tan concientes.

Cuentan que en las guardias de ese entonces, siempre había una olla en la que hervía el agua y en la que flotaban como peces las agujas y jeringas. Las nocheras me juraban que esas aguas, eran rejuntadas de las lágrimas que caían de enfermos y familias. Se olvidaban siempre de recargarlas también, con las lágrimas de enfermeras y de médicos.

Sirenas de ambulancias aparecían cada tanto y luego, retornaba la calma. Soledad interior que invitaba a pensar desesperado después de convivir con cada drama humano... Salto al vacío, desaparecer entre las nadas de la nada, mientras el tiempo los cambiaba a todos, por adentro y por afuera. Crecer como persona... o largarlo todo y volver a ser humano. Y de nuevo la sirena de ambulancias...

El crepúsculo podía contemplarse desde la ovalada ventana de la habitación de los médicos de guardia, oculta y perdida en el solitario primer piso. Los muros del hospital se llenaban de la sangre del sol que a esa hora, parecía derramarse a chorros, como buscando algún consuelo abrazado a las paredes. Volverse a mirar los propios pasos, a veces angustiaba y otras tantas, frustraba las esperanzas que se quedaron tiradas por el camino embarrado de los sueños rotos. Imágenes de ensoñación que se tornaban realidades múltiples, enmarcando la frescura que dominaba a la piel de un artista que moraba mucho más allá del cielo y de las nubes. Y de nuevo las sirenas... y de nuevo el arte de acercarse a otro ser humano, que sufre.

Entre los recovecos del alma, eran los cuerpos y las sombras quienes se tornaban una sola cosa amorfa. Y no se cuando ni como, pero un día apareció en la entrada. Al principio era una sombra, que parecía adherida a un cuerpo. Mugre, barro, olor y abandono, pegoteados a un niño de edad indescifrable. Un niño que había llegado solo, como intuyendo que a ese lugar y a solo ese, debía concurrir en busca de consuelo.

- *Si. Es leucemia. Tiene una leucemia...* - sentenció el hematólogo, como tragándose la amargura y pensando en como, se lo podría tratar. Los chicos de la calle, también se enferman de leucemia... aunque muchos no lo crean... Se llamaba Arturito y pasó a ser el hijo de todos. El hijo de la guardia, el adoptado de las enfermeras y los médicos. No debía hacerse así un tratamiento - en la unidad de emergencias- , pero Arturito se quedó y pasó a ser la alegría y el color de esa guardia, que a lo mejor quería que algo fuese estable, para siempre.

Normas y reglamentos se quedaron dormidos entre los cajones, y desde alguno que otro cajón salió el pijama, las pantuflas y hasta un osito a pilas, que prendía y apagaba el corazón que le titilaba en rojo. Quimioterapia y rayos, tortas y gaseosas, maníes y confites, como a cualquier otro niño consentido... Y Arturito se quedo en la Guardia.

Guardia tras guardia. Nausea tras nausea. Fiebre tras fiebre, fueron pasando por la vida de Arturito, el adoptado de la gente de la guardia. Una risa se sumó a un cariño. Un cariño se sumó a un regalo. Y a otro, y a otro, y a otro. Y así fue ganando en peso, en sonrisas y alegrías. El hijo de todos, el que trajo la alegría y los colores hasta esa guardia de nostalgias.

El enfermero que no le leía un cuento, le enseñaba a escribir o a pintar los dibujos de una lamina. Tenía su propia música, regalo de una médica que no tenía hijos. Arturito siempre preguntaba por el mar. Los que habían viajado en barcos y cruceros, le contaban de sus olas, sus luces y las sombras. El cerraba los ojos y sonaba con viajar...

Tres años transcurrieron en una mejoría sostenida. Tenia su pieza propia, asegurada; espacio ganado de la guardia, detrás del chatero, más atrás de donde se pone la ropa sucia, y antes del archivo de historias de la guardia; dormitorio con paredes hechas de armarios y adornada de póster infantiles, que llegaron de las manos de esos padres y madres sustitutos.

Fractura de nariz. Traumatismo de cráneo y pérdida del conocimiento. Lesiones culposas, sentencio el Juez. El oficial de justicia que un día se lo quiso llevar a Arturito, recibió el certero golpe en pleno rostro, por parte del “perro de la guardia”. Quizá la única verdad que “el perro” no aprendió, fue la de que no valía la pena el pelearse por defender a ultranza la verdad.

Al final lo perdonaron y nunca cumplió con su condena. El mismo oficial de Justicia fue el que intercedió... Pero nunca pasó de “perro de la guardia...” Es que no siempre el que tiene vocación, llega a su destino. De a poco se le llenó el cerebro de tantos fragmentos de poesía, que hasta creyó volverse loco cuando descubrió los múltiples caminos a los que podía llevarlo cada uno.

- *La vida no viene con manija. Hay que agarrarla como mejor se pueda...* - le dijo un

crecido Arturito adolescente, la última vez que se encontraron. Y más allá, a los dos, los esperaba el mar...

... Fin...